

El escritor del miedo

Marino Millán Moscoso

MARINO MILLÁN

**EL ESCRITOR
DEL MIEDO**

Capítulo 1

EL ESCRITOR DE MIEDO

Había escrito ocho novelas, tres de ellas con el rótulo de *best seller*. Los temas: romántico y dramático. A sus cincuenta y dos años podía considerarse un hombre exitoso dentro del infinito universo de la literatura. Sus novelas se hallaban traducidas a no menos de diez idiomas entre ellos el mandarín, y ni hablar del sin número de exaltaciones recibidas en su extensa trayectoria.

Las regalías generadas por las ventas de sus obras y la herencia recibida, le permitieron vivir cómodo en la casa que desde niño soñó: rodeado de árboles, cerca de un lago, lejos del ruido de la ciudad y de los impertinentes vecinos.

Era el escritor y novelista, Eliodoro Bustelo, nacido en Valencia, España, de padre argentino y madre brasilera. Aterrizado a los cinco años de vida en Bogotá, Colombia, donde sus papás se radicaron definitivamente por razones laborales.

Aquel que cursando el sexto semestre de medicina, decidió retirarse considerando que eso no era lo suyo; pues ver sangre lo descomponía y su gesto asquiento a la hora de examinar pacientes con grajo u otras secreciones malolientes, lo hicieron claudicar al deseo de sus padres.

Descubrió que su vocación era escribir historias, leía mucho y asistía a un café del norte de la ciudad, epicentro de intelectuales. Allí alternaba con pintores, músicos, poetas, escritores y gente del cine. Hizo muchos amigos, quienes al leer sus escritos lo impulsaron a tomar ese camino.

Aunque tuvo muchas novias, prefirió ser un soltero apetecido y casquivano. Temía traer hijos al cada vez más perturbado mundo de sus días; además era consciente de que la dedicación a una familia robaría mucho tiempo a sus proyectos y propósitos.

Fue hijo único y su existencia la atribuía a un milagro, pues fue concebido cuando su papá tenía sesenta años y su mamá cuarenta y cinco. El embarazo fue de alto riesgo y los médicos diagnosticaron que la criatura nacería con Síndrome de Down, debido a la avanzada edad de la madre.

Carlos Bustelo su padre, era fiel devoto de la Virgen de Luján, patrona del pueblo argentino, y un día desafiando por un viaje desde Europa hasta América los riesgos advertidos, llegó junto a su esposa a la Basílica de Nuestra Señora de Luján, que se erige en la ciudad del mismo nombre, a unos setenta kilómetros al oeste de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en la provincia de Buenos Aires. Allí, ofrecieron y encomendaron a la Madre de Dios, la vida y salud de su retoño.

Para sorpresa de los facultativos españoles y contraviniendo resultados de exámenes y estudios que certificaban el trastorno genético de los cromosomas del par 21 que provoca retraso intelectual y del desarrollo, la criatura nació en condiciones absolutamente normales la madrugada de un jueves 8 de mayo, coincidiendo con la festividad de la venerada Virgen de Luján.

La publicación de su primera novela repercutió en una productora cinematográfica española, que la llevó al celuloide batiendo récords de taquilla y catapultándolo a la fama como escritor hispanoamericano.

Una vez fallecieron sus progenitores, Eliodoro Bustelo quedó solo en Bogotá. Sus parientes residían en Brasil, Argentina y España. Sostenía poca comunicación con algunos de ellos, de tal forma que se adentró en sus escritos novelísticos.

Su casa paterna la consideró grande para albergar su soledad, al igual que Bogotá, una capital con millones de habitantes, excesivo tráfico y prolongadas distancias entre un sitio y otro. Siendo esa la razón por la cual, al recibir la herencia de su padre compró en territorio boyacense (Boyacá, departamento limítrofe con la capital colombiana) esa especie de chalé donde estableció su morada definitiva.

Se levantaba muy de mañana a respirar aire fresco y puro, decía. Trotaba diariamente y mantenía una dieta balanceada con alimentos nutritivos que él mismo seleccionaba y preparaba.

Desde niño y hasta la adultez inclusive, padeció de horrendas pesadillas. Era casi normal que de madrugada despertara a su padres con los gritos de pánico provocados por sus espeluznantes sueños. Psicólogos y psiquiatras lo sometieron a diferentes análisis y tratamientos que, si bien no lo curaron, al menos le enseñaron a convivir y a manejar las sensaciones de terror en sus abruptos despertares.

En un conversatorio literario que realizó en Medellín, invitado por un círculo de intelectuales de la región, conoció a la mujer con quien sostuvo la relación sentimental más formal de su vida.

—Maestro, ¿me regala su autógrafo? —le dijo ella a la conclusión del evento, portando una de sus obras.

Eliodoro que al instante atendía los requerimientos de muchos de los asistentes, se sorprendió al ver el porte, garbo y grácil figura de la

interesada.

—Con mucho gusto señorita, regáleme un minuto por favor. No se vaya —respondió con atención.

Se trataba de la doctora Malena Aristizábal, una psiquiatra amante de la literatura y admiradora del escritor. Estaba divorciada hacía un par de años y no hubo hijos en su corto matrimonio. Había leído todas sus novelas y fue por lo que asistió al conversatorio; era la oportunidad de conocerlo personalmente, ¿y por qué no?... Entablar una futura amistad.

Mientras compartía fugazmente con los tertulianos, firmaba libros y accedía a fotografías, Eliodoro giraba la cabeza de cuando en vez en dirección a Malena y con su mano derecha le indicaba que esperara. Ella sonreía y con un bonito gesto parecía decirle: "No hay problema".

Liberado de gentilezas, partieron en el coche de ella hacia el hotel donde los organizadores del conversatorio lo tenían alojado. Estando en horario de almuerzo, el escritor le convidó al restaurante. Sitio ideal para adelantar ese primer diálogo.

La simpatía y agrado era mutua y evidente. Se presentaron oficialmente, más ella que él, lógico. Cuando supo que esa elegante y atractiva dama con quien compartía mesa era una profesional de la psiquiatría, Eliodoro sonrió.

—Maestro, ¿qué le causa gracia? No vaya a decirme que al igual que mucha gente, piensa que somos locos.

El escritor soltó la carcajada y aclaró algo apenado.

—No, no. ¿Cómo se le ocurre? Permítame le explico doctora.

—Está bien, pero llámeme Malena, que doctora me dicen mis pacientes y usted no lo es.

—De acuerdo, pero con una perentoria condición: Usted seguirá llamándome Eliodoro y no maestro. ¿Okey?

En ese instante los dos rompieron el hielo, entraron en confianza, rieron, se tutearon, y la plática fluyó mientras observaban el menú. Ella se inclinó por un filete a la *chateaubriand* acompañado de puré de papas. Verduras hervidas y salmón con salsa tártara, fue la elección de Eliodoro.

—La razón por la que sonreí cuando me dijiste que eras psiquiatra, fue porque estudiaba medicina y deserté contra la voluntad de mis padres. Considero que es una carrera que debe sentirse, vivirse, y en mi

caso acontecía todo lo contrario.

—Eso es verdad y no solo en el campo de la salud, en cualquier actividad o profesión. Pero aun no comprendo la causa de tu risa —acotó Malena.

—No he terminado, vas rápido mujer angelical —dijo él—. Durante muchos años estuve en manos de varios de tus colegas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Malena con curiosidad.

Eliodoro retiró el último plato de su almuerzo, ingirió dos sorbos de agua mineral y empezó a relatarle a su nueva amiga cada episodio de las mortificantes pesadillas que desde la niñez le marcaron, significándole su eterno tormento.

Le compartió de lo dificultoso que fue su nacimiento. Del asombro de los médicos al verle nacer en óptimas condiciones de salud, lo que ellos calificaron como un «milagro». Del hombre sin cabeza, siempre presente en sus pesadillas. De la mujer de brazos mutilados, que ensangrentada llegaba hasta su cama. De la criatura con dos cabezas de niña que tomaba sus juguetes, y del andrajoso anciano mitad blanco y mitad negro que, con sus manos de dedos muy largos y enjutos, lo halaba de los pies y lo arrojaba al piso.

Malena lo escuchó atenta, pensativa, y en el primer silencio del relato, intervino pasando su delicada mano por el hombro.

—Cálmate Eliodoro, te siento alterado. ¿Te hicieron una polisomnografía? (Estudio del sueño durante la noche para ayudar a determinar, si las pesadillas se relacionan con otro trastorno del sueño. Se ponen sensores en el cuerpo que registran las ondas cerebrales, el nivel de oxígeno en la sangre, la frecuencia cardíaca y respiratoria, así como los movimientos de los ojos y las piernas durante el sueño) —preguntó.

—Sí Malena, de todo —contestó calmo.

—Increíble que, detrás de un hombre tan talentoso y lleno de éxito, exista un trauma de tanta dimensión. No sabes cuanto valoro tu confianza Eliodoro.

El escritor asió la tersa mano de la doctora con fuerza, mirándola a los ojos.

—Malena, gracias por escucharme. Créeme que nunca pensé compartirle esto a nadie.

Malena cerró el tema diciéndole que la ciencia aun desconoce la causa exacta de las pesadillas, entre las que se encuentran: estrés, traumatismos, insomnio, efectos colaterales de un medicamento, abuso de alcohol o alucinógenos, y que en algunos casos pueden ser tan severas, al extremo de que el afectado podría creerlas reales.

Eliodoro debería abordar el vuelo de regreso a Bogotá en tres horas, por lo que el encuentro concluyó acordando seguir comunicándose y reuniéndose con alguna frecuencia en cualquiera de las dos sedes. Un amigable abrazo y besos en las mejillas fueron el colofón de ese primer contacto del escritor con su admiradora, psiquiatra, amiga, consejera y confidente. Lo subsiguiente quedaba en manos del inexorable tiempo y destino.

Durante el trayecto de regreso, Eliodoro no pudo apartar ni un solo instante de su mente la imagen de Malena Aristizábal. No por su condición de psiquiatra, ni por el tema de las pesadillas y menos porque hubiese leído sus novelas; sino por sus encantos de mujer. La finura de sus movimientos, la dulzura de su voz, su elegancia, su vocabulario y esa sutil y armoniosa danza de sus caderas al andar.

Ella igualmente, recostada sobre su almohada no conciliaba el sueño, pensando en esa mirada penetrante de su escritor más admirado, en la invitación a almorzar, en la sinceridad con que le contó su vida y en especial, el olor de su piel cuando se despidieron acercando sus rostros para besarse en las mejillas.

Todo tan bello y a la vez tan maduro. Sin morbo, sin insinuaciones ni malicia. Tan pulcro y sano. Conclusiones de los dos; sabedores de esa atracción y reacción tan particular entre los seres heterogéneos.

No pasaron dos semanas para reencontrarse, esta vez en Cartagena. Malena había informado a Eliodoro sobre su período vacacional, y él que por esos días estaba sin escribir, armó el paseo caribeño.

Visitaron el Castillo de San Felipe, la Ciudad Amurallada, la India Catalina, el monumento a los Zapatos Viejos, el cerro de La Popa y todos los lugares históricos de «La Heroica». Ambos conocían a Cartagena, habían viajado varias veces, pero sin proponérselo disfrutaron de todos los lugares como si fuera la primera vez.

En el hotel donde se alojaron les asignaron una habitación con dos camas dobles, no tenían disponible algo diferente. Cuando llegaban de caminar, nadar, cenar o bailar, cada uno se acostaba en su respectiva cama. Se deseaban las buenas noches y hasta el otro día.

El plan turístico contemplaba nueve días y ocho noches. La última noche, previa al regreso, aconteció lo más simpático del viaje. Cuando el

reloj despertador que estaba sobre el buró de Eliodoro señalaba una hora y quince minutos de la madrugada, Malena fingió despertarse al sentir que su compañero de viaje descargaba el peso de su cuerpo junto a ella. Al percibir su abrazo, su desnudez y detectar su pene erecto junto a sus nalgas por encima del pijama, reaccionó.

—Eliodoro, ¿qué está pasando contigo?

—Estoy sonámbulo, no preguntes nada que me despiertas —contestó.

Las risotadas retumbaron en las paredes de la alcoba.

—Definitivamente eres un genio —dijo Malena mientras se besaban con pasión y hacían el amor por primera vez.

Cuando el avión de regreso estaba próximo a despegar, Malena retomó un tema que en ningún momento aludieron durante la estancia en Cartagena. Por esos días ella lo llamaba Elí.

—Oye Elí, no tuviste pesadillas en todas estas noches, ¿verdad?

—No creas, tuve tres. Lo que pasa es que ya no me aterrorizo como antes, pero siempre están —respondió mientras el avión emprendía vuelo.

—Elí disculpa la impertinencia, ¿nunca has considerado escribir alguna historia de pánico, terror, o que sé yo, con todos tus sueños?

—No es mala idea. No lo he pensado, pero valdría la pena incursionar en otro género. Gracias por la sugerencia —concluyó meditabundo.

Los encuentros no excedían a una vez por mes, la comunicación telefónica si era frecuente. El breve romance llegó a su fin cuando ella planteó la posibilidad de convivir bajo el mismo techo. Eliodoro conocido por su sinceridad, cercenó de un solo tajo la propuesta.

—Malena, eres encantadora y es innegable que en mi corazón vive un fuerte sentimiento por ti. Pero de ahí, a unir nuestras vidas, hay un enorme precipicio de por medio. Creo que lo mejor es no volvernos a ver. No tiene sentido alimentar una quimera.

Duro para ella... durísimo, pues estaba muy enamorada de Elí. Con dolor de amor y resignación, aceptó la voluntad de su amado y admirado escritor. Ni el paso de los días, ni de los meses, pudo aminorar ese apego por él. Siempre lo extrañó y amó.

Eliodoro vio en una página de internet una especie de cabaña o chalé a la venta. Las fotos eran atractivas, por lo que se comunicó con el oferente. Estaba construida en madera, tenía un ático, dos alcobas, cocina, un estudio y una pequeña sala de recibo. El verde de la naturaleza predominaba en derredor y un lago cercano complementaba el paisaje. Hecha a la medida, pues era lo que él quería para su inspiración literaria y absoluto descanso.

La cabaña requería de una restauración casi total, ya que su aspecto distaba de las fotos exhibidas en internet, que sin duda fueron tomadas años atrás. No había sido habitada en los últimos diez años y el deterioro por el abandono así lo exigía. Acordado el precio de compra que se alteró debido al estado del inmueble, surgió el elemental interrogante del nuevo propietario.

—Y... ¿Por qué permaneció tanto tiempo deshabitada?

—Porque los interesados querían rentarla y nuestra idea siempre fue la de venderla. Lidar con inquilinos es algo terrible. Usted no se imagina señor —dijo el vendedor, dejando conforme con su respuesta a Eliodoro.

El reacondicionamiento del nuevo hogar del escritor tardó dos meses, tiempo en el que estuvo muy cerca de la obra que, a decir verdad, quedó de maravilla. Todo un lujo digno de su morador.

Por esos días Malena residía en Bogotá, su traslado obedeció a una subespecialización que decidió tomar, y a su vínculo laboral con una afamada clínica especializada en tratamientos de enfermedades mentales. De ahí que, aunque no se veían, si hablaban con alguna frecuencia vía celular.

Instalado a plenitud, Eliodoro Bustelo asumió el reto de escribir por primera vez una historia de terror basada en sus legendarias pesadillas, atendiendo a la insinuación de Malena cuando regresaban de Cartagena.

Una noche mientras escribía en medio del más absoluto silencio, que solo era interrumpido por los grillos, las lechuzas y las ranas, escuchó que la puerta de su dormitorio fue cerrada con violencia. El sonoro impacto lo hizo levantarse de la silla. Al asomarse a su alcoba, la puerta que había dejado abierta estaba cerrada. Pensó que alguna ráfaga pudo ser la causa a pesar de que la puerta era maciza y pesada, y los vientos de la zona no eran lo suficientemente fuertes como para azotarla de tal manera. Se encogió de hombros sin hallar explicación alguna y regresó al estudio a continuar con su escrito.

Al sentarse nuevamente en la silla, observó que la pantalla de su computadora estaba negra, desplazó varias veces el ratón creyendo que el

equipo estaba pausado. Para nada, el ordenador estaba apagado y no por corte del fluido eléctrico, pues en ningún momento lo hubo y en el peor de los casos de haber sucedido, estaba conectado a un acumulador de energía con reserva de una hora para esos casos.

Encendió de nuevo su equipo, el cual se reanudó normalmente como cuando ha sido apagado de forma correcta. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, canceló la escritura y se dirigió a su aposento. La sorpresa fue mayor al encontrar abierta la puerta que había dejado cerrada instantes atrás al retornar al estudio.

Atribulado, nervioso y confundido, optó por comunicarse con Malena su amiga la psiquiatra, en procura de ayuda profesional. Al primer llamado Malena contestó, a pesar de estar muy cerca de la medianoche. Se hallaba estudiando. Elí, la puso al tanto de los extraños episodios de las últimas horas, lo que a ella le generó gran preocupación.

—Elí me parece que esto está pasando de castaño oscuro. Dame las coordenadas y en un par de horas llegaré a tu cabaña con la ayuda del GPS, y si me permites amaneceré contigo para brindarte apoyo y compañía. No te muevas de ahí por favor.

Presurosa cambió sus ropas, subió al vehículo y tomó carretera. El trayecto se hizo dificultoso debido a un fuerte aguacero que se desató apenas saliendo de Bogotá. La visibilidad se complicaba a cada kilómetro por la espesura de la neblina. Con una bayetilla, Malena limpiaba con desespero el parabrisas, procurando una mejor visión.

Elí escuchó una fuerte frenada de un auto junto a su cabaña. Pensando que se trataba de ella, se incorporó y fue hasta la puerta principal. Al abrirla, no había nada ni nadie. Tomó una linterna y protegiéndose de la lluvia con una capa plástica, rondó su vivienda. El panorama era sombrío y solitario. Miró su reloj; habían transcurrido cuatro horas desde el momento en que conversó con Malena. Se inquietó, pues ya tendría que estar junto a él. Se recostó de nuevo en su cama y cuando sus ojos se cerraban de a poco a causa del sueño, el sonoro timbre de su celular lo sacudió. En el identificador de llamadas aparecía el nombre de Malena. Es ella, pensó.

—Hola Malena, ¿ya llegas? —preguntó ansioso.

Para su sorpresa no era ella. Era una voz de hombre.

— ¿Quién habla?

—Eliodoro Bustelo —dijo angustiado.

—Señor Bustelo le habla el patrullero Padilla, miembro de la policía de carreteras; para informarle que la señora Malena Aristizábal ha sufrido un grave accidente en la vía que conduce a Tunja. Nos hemos comunicado con usted, por ser su número telefónico el último con el que sostuvo contacto.

Elí palideció y enmudeció.

—Hola, señor Bustelo, hola —repetía el patrullero.

Los gritos del uniformado lo hicieron reaccionar y con voz entrecortada solicitó información sobre el lugar del siniestro. El accidente se había registrado a quince minutos del destino final, llegando a la cabaña.

Como pudo, tembloroso y desencajado, encendió su coche y llegó al lugar de los hechos. El cuadro era conmovedor, los dos automotores estaban totalmente destruidos. Miraba a todos lados buscando con afán a su amiga Malena sin lograr hallarla. En ese preciso instante, los paramédicos sacaban a un hombre decapitado del vehículo que colisionó con el de ella. Con sus manos cubrió su rostro y se acercó al patrullero Padilla.

—Agente, adónde se encuentra mi amiga Malena —consultó.

— ¿Usted es la persona con quien hablé hace un rato?

—Si señor.

—Cuanto lo siento caballero, la dama fue trasladada al hospital de Tunja. Iba en muy malas condiciones.

La lluvia y el viento amainaban, lo que le permitió llegar pronto al hospital adonde Malena había sido trasladada. La luz del nuevo día iluminó la sala de espera de urgencias. Agotado y somnoliento, Eliodoro aguardaba por alguna información sobre el estado de salud de la accidentada.

Sobre las diez de la mañana, un médico solicitó la presencia del acudiente o familiar de la paciente Malena Aristizábal. Elí se presentó de inmediato, el doctor lo reconoció, era uno de sus asiduos lectores.

—Maestro, las noticias no son nada gratas.

— ¿Qué pasó? Dígame doctor —imploró.

—Debimos amputarle a la paciente ambas manos a la altura de los

antebrazos y las dos criaturas lamentablemente fallecieron.

Asombrado, Eliodoro tomó por el brazo al facultativo.

— ¿Cómo así que las dos criaturas fallecieron?

—Maestro, ¿no es su esposa?

—No, soy su amigo —contestó Elí anonadado.

—Cálmese maestro. Su amiga estaba embarazada, debió estar por el sexto mes y en su vientre se encontraban en gestación dos criaturas.

— ¿Me está diciendo doctor que iba a dar a luz a unos gemelos?

—En efecto maestro, pero siamesas. Venían unidas en sus abdómenes. De momento la señora se encuentra en la unidad de cuidados intensivos y su pronóstico de vida es reservado. Esté pendiente de su celular a fin de informarle cualquier novedad, mientras hacemos contacto con sus familiares.

Eliodoro abandonó el hospital en estado calamitoso, estaba destruido y muy preocupado, a la vez considerando que era el padre de esas criaturas que posiblemente concibieron en Cartagena aquella última noche de despedida vacacional, la noche de su chistoso sonambulismo.

Apenas si había ingresado a la cabaña, cuando el médico del hospital le comunicó telefónicamente con gran pesar, que Malena había fallecido. Eliodoro enloqueció, azotó el celular contra el piso, destruyó la computadora. Con uno de los asientos del comedor, rompió espejos y acabó con todo lo encontrado en su desesperado transitar. Golpeó con sus puños las paredes de madera, hasta que sus nudillos sangraron. Se lanzó bruscamente al piso hiriéndose la frente.

Extenuado, ahíto, se aquietó por unos veinte minutos. Lloró la pena en su soledad, donde nadie podía escucharlo y menos consolarlo. Reposado meditó en medio de su extenuación concluyendo que las pesadillas, compañeras desde su infancia, no eran nada diferentes a las comúnmente llamadas premoniciones: El hombre sin cabeza, resultó ser el otro conductor del accidente. La mujer sangrante sin brazos era Malena y la criatura de las dos cabezas, eran las siamesas, sus hijas. Fue ahí cuando roció toda la cabaña con gasolina y le prendió fuego.

Semidesnudo corrió por la pradera sin control alguno hasta llegar a la carretera, donde por poco lo atropella un camión. Una patrulla de la policía lo detuvo y lo llevó hasta un hospital psiquiátrico donde fue

valorado e internado.

La noticia sobre su estado de inconsciencia y demencia le dio la vuelta al país y al mundo de inmediato. Del exterior llegaron numerosos periodistas. Sus obras habían traspasado las fronteras, era un afamado escritor.

Eliodoro Bustelo nunca se recuperó. Sedado pasó en ese sanatorio el resto de su vida. Comía muy poco y por su considerable estatura se mostraba muy flaco. Su alargado cabello gris por el paso de los años desmejoró notablemente su aspecto. Sus manos grandes de dedos largos y enjutos, producían temor a los enfermeros al momento de inyectarlo cuando poseído por la esquizofrenia gritaba a los cuatro vientos: "Malena, Malena, mataste a nuestras hijas".

Un incurable vitíligo se acentuó en el lado derecho de su rostro y de su cuerpo, dejándolo prácticamente a blanco y negro. Tal como el anciano que en sus sueños lo halaba de los pies arrojándolo al piso.